

El Dios de la Biblia: Una Reflexión Crítica

Un solo Dios, pero no el de la Biblia

Solo hay un Dios, pero no es el de la Biblia.

El dios bíblico es un dios de guerra, de dominio y de sangre. Un dios que ordena matar en su nombre, que necesita siervos y sicarios para imponer su voluntad. Un dios que pide sacrificios y exige obediencia ciega.

Un dios que no libera, sino que somete.

Crímenes atribuidos al dios de la Biblia

- Ordenó el genocidio de Jericó, el exterminio de hombres, mujeres, ancianos y niños.
- Ordenó la muerte de los primogénitos en Egipto, sin distinguir entre culpables e inocentes.
- Puso a prueba la obediencia de un padre ordenándole asesinar a su hijo, como en la historia de Abraham.
- Provocó la confusión de los pueblos en Babel, temiendo que una humanidad unida fuese capaz de resolver sus problemas sin su intervención.
- Llamó “tierra sagrada” a una tierra de sangre, conquistada y usurpada a sus pobladores naturales, en una historia de exterminio que aún hoy sigue manchada por la violencia.

¿Y todo esto en nombre de quién?

De un dios que proclama: **“No matarás.”**

Jesús dijo:

“Por sus obras los conoceréis.”

Y por sus obras, ese dios no puede ser el verdadero.

Un dios que se asemeja más a un tirano

El dios personal, el dios que exige adoración, el dios que reclama sumisión, es lo más parecido a Satanás:

una conciencia con ánimo de control, dominio y manipulación.

Un dios que se alimenta del miedo y de la obediencia ciega, no del amor ni de la comprensión.

Hacia una visión más elevada de lo divino

No niego que hayan existido identidades o inteligencias que quisieran contribuir a una humanidad más justa, con aciertos y fracasos. Pero de ninguna manera admito que ellas sean el dios verdadero.

El verdadero Dios no es una persona.

No tiene ego, ni exige sacrificios.

No es celoso ni violento.

No manda, **es**.

Yo veo a ese dios verdadero en la **esencia de la inteligencia subyacente del universo**: en las leyes que rigen la materia y la conciencia, en el orden invisible que sostiene lo visible. Un Dios que se manifiesta en la armonía, en la matemática, en la vida misma.

Las matemáticas no son creadas, son **descubiertas**.

Y en ese descubrimiento el ser humano toca algo eterno, algo que estaba ahí desde siempre. Ese es el lenguaje del verdadero Dios: **la estructura profunda de la realidad**.

Mi idea de Dios se acerca más a la de **Einstein** y **Spinoza**:

un Dios que no interviene, porque **es la totalidad misma**;

un Dios que no juzga, porque **es la ley y el equilibrio de todo lo que existe**;

un Dios que no castiga ni premia, porque **no hay fuera de Él**.

Crear y tener fe: mi crítica a las religiones

No puedes **crear** sin ser dueño y propietario de tu propia creencia.

No puedes creer por lo que te digan ni por lo que te obliguen.

Si lo haces, te conviertes en un fanático defendiendo lo que no es tuyo.

De la misma forma ocurre con la **fe**:

nadie puede inculcártela, nadie puede dártela desde fuera.

La fe es tu intuición profunda de algo que no puedes demostrar, pero que reconoces como verdad.

Esa intuición solo puede nacer de ti, de tu propia conciencia, de tu propia libertad interior.

Por eso, solo una persona libre puede tener **verdadera fe**.

Y solo quien piensa y siente por sí mismo puede **crear de verdad**.

Sin dogmas ni cadenas

Desde esa comprensión, no hay cabida para:

- los **dogmas**
- las **religiones institucionales**
- los **fanatismos**
- las **erudiciones vacías**
- los **controles mentales**
- las **manipulaciones**
- las **mentiras**

Porque la verdad no necesita templos.

El único templo verdadero es la conciencia libre.

El único credo verdadero es el amor a la verdad.

Y el único Dios verdadero es el Todo que nos incluye a todos.